SANTA LUISA DE MARILLAC

Se trata de acercar al gran público la figura de una mujer excepcional, un tanto olvidada a lo largo de muchos años y felizmente redescubierta en los últimos tiempos. Una mujer fuerte, luchadora, audaz, inventiva, radicalmente comprometida con los pobres y marginados.

Si usted pregunta por esta mujer, pueden darle las señas de identidad más contradictorias y peregrinas. Pueden trazar de ella un retrato-robot con pinceladas que van desde “una viuda triste y complicadamente mística” hasta “una adelantada y audaz luchadora por la dignidad de los aplastados”. Pasando por trazos más o menos acertados de “cristiana cabal”, de “madre tierna y sufriente”, de “precursora y organizadora de la acción social” o, incluso, de “impulsora de un modo nuevo de seguir a Cristo”. Pero una cosa queda clara: esta mujer, Luisa de Marillac o la “señorita” Le Gras, como usted quiera, ha sido la gran desconocida.

En definitiva, estamos ante una de las mujeres más completas en la historia de la Iglesia y de la humanidad y, especialmente, una de las cabezas más lúcidas y geniales en el organigrama mundial de la asistencia, promoción y liberación de los pobres.

Vicente de Paúl se dio cuenta enseguida de que aquella mujer tenía una personalidad propia y de que la gracia de Dios la iba llevando, casi de puntillas, hacia un compromiso radical de vida.

Nacida ilegítima el 12 de agosto de 1591, en casa de los Marillac, una de las familias más conocidas y de más alta alcurnia de la Francia de los siglos XVI y XVII, no conoció el afecto de una madre ni el calor del hogar. Vivió en casa, soportada y no amada. Muy temprano fue llevada al monasterio real de las dominicas de Poissy, como si los suyos quisieran esconderla como una afrenta familiar. Allí se educó en la profunda oración y en la alta cultura, bajo los auspicios de una tía-abuela de su mismo nombre.

No se sabe si antes o después de la muerte del que se supone que fue su padre, Luisa de Marilllac es alojada en una pensión regentada por una “señora pobre, hábil y virtuosa”. Ningún familiar quería cargar con esta niña molesta para la buena fama. En esa pensión empezó a experimentar el trabajo, la austeridad y la intemperie.

Llegó a la edad de las grandes decisiones y pidió ser admitida entre las Capuchinas Hijas de la Pasión, pero el provincial, padre Honorato de Champigny, no fue de la misma opinión: “Usted no puede ser religiosa porque no tiene salud y porque Dios reserva otros planes para usted”. Si antes la familia se había desentendido de ella, ahora parecía que hasta la casa de Dios se le cerraba. Incluso, a la misma Luisa de Marillac le quedaba una especie de remordimiento como si hubiera traicionado la promesa hecha a Dios de entrar en religión.

Quedaba como solución el rango matrimonio, y los suyos se lo “negociaron”. Y así, a los 22 años, el 15 de febrero de 1613, contrajo matrimonio con Antonio Le Gras, uno de los secretarios de Estado, miembro de la burguesía y no de la aristocracia. Por eso, Luisa de Marillac no podía llamarse “señora”, sino “señorita”, dado el inferior de su marido.

La vida conyugal no fue tan feliz como algún biógrafo idílico ha pretendido. Una confidencia de Luisa nos informa de que su marido había vivido cuidando más de los intereses ajenos que de los propios. Casi siempre enfermo y, con mucha frecuencia, fuera. Además, su hijo Miguel ya empezaba a ser una fuente de sufrimiento y de desilusión. Durante toda la vida será una de las cruces especiales de su madre.

En esta época, de tiempo en tiempo, se sintió sacudida por tremendas crisis interiores. El escrúpulo y la angustia estaban constantemente a la vuelta de la esquina. Cuando en 1621 empezó la enfermedad de su marido –cuatro o cinco años de larga y penosa enfermedad que le hicieron irritable y difícil de tratar–, Luisa de Marillac creyó ver en ello un castigo por no haber sido fiel a su intención juvenil de hacerse capuchina. Llegó a pensar que tenía la obligación de abandonar a su esposo y a su hijo. Consiguió que su entonces director espiritual, monseñor Le Camus, obispo de Belley, le permitiera hacer voto de viudedad en el caso de que muriera su marido. Entró en un oscuro túnel sin luz humana ni divina. La fiesta de la Ascensión de 1623 marca la cima de la “terrible noche oscura” de Luisa de Marillac y su vivencia palpable del abandono de Cristo en la cruz.

Luisa de Marillac llegó a comprender que el sufrimiento es una “tierra fecunda” capaz de engendrar personas fuertes y preparadas para las empresas más arriesgadas y difíciles. En el dolor, Luisa de Marillac creció hacia dentro, sintió la mordedura de la más desnuda pobreza, conoció la entraña de la inseguridad, vivió el anonadamiento. Y, desde los márgenes de la felicidad, empezó a sentir, sin saberlo, la desesperanza y el abandono de los que acampan en el reverso de la historia.

LUZ Esta palabra, tan breve… da con el verdadero sentido de su vida y de su obra.

La misma Luisa nos lo relata con un estilo elegante y transparente: *“El día de Pentecostés (4 de junio de 1623), oyendo la santa misa o haciendo oración en la iglesia, en un instante, mi espíritu quedó iluminado acerca de sus dudas. Y se me advirtió que debía permanecer con mi marido, y que llegaría un tiempo en que estaría en condiciones de hacer voto de pobreza, de castidad y de obediencia, y que estaría en una pequeña comunidad en la que algunas harían lo mismo. Entendí que sería esto en un lugar dedicado a servir al prójimo; pero no podía comprender cómo podría ser, porque debía haber movimiento de idas y venidas. Se me aseguró también que debía permanecer en paz en cuanto a mi director, y que Dios me daría otro, que me hizo ver entonces, según me parece, y yo sentí repugnancia en aceptar; sin embargo, consentí pareciéndome que no era todavía cuando debía hacerse este cambio. Mi tercera pena me fue quitada con la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me enseñaba todo lo que antecede, y pues Dios existía, no debía dudar de lo demás”*

… Aquí nace el esbozo de la “nueva” Luisa de Marillac, aquí se adivina lo que será la mujer fuerte, serena, equilibrada, audaz, cofundadora y formadora de las Hijas de la Caridad y luchadora por la liberación de los pobres.

En definitiva, el punto nuclear de la evolución de Luisa de Marillac está en el esfuerzo para asumir… la realización de la voluntad de Dios pasa, inevitable y necesariamente, por la construcción del Reino de Dios y su justicia en favor de las víctimas del sistema.

Al fin, la señorita Le Gras había llegado a la conclusión de que los pobres no son un pasatiempo piadoso o benéfico, sino una pasión dolorosa, una terrible pregunta de Dios a la que hay que responder con urgencia y audacia. No en vano ella misma había comunicado insistentemente a Vicente de Paúl que se sentía impulsada a servir en cuerpo y alma a los pobres. Y en mayo de 1629, a los 38 años de edad, Luisa de Marillac verifica el ensanchamiento de su corazón lanzándose a “socorrer a los pobres como quien corre a apagar el fuego”, como diría Vicente de Paúl. En su modesto equipaje guardaría siempre las palabras de “envío a misión” de su tenaz director: “Vaya, pues, señorita en nombre de Nuestro Señor. Ruego a su Divina Bondad que le acompañe, que sea ella su alivio en el camino, su sombra contra el ardor del sol, su cobijo de la lluvia y el frío, lecho blando en su cansancio, fuerza en su trabajo y que, finalmente, le devuelva con perfecta salud y llena de obras buenas”